

# EDITORIAL

Este número de la Revista Estética recoge una selección arbitrada del 5º y del 6º **Seminario Nacional de Estética** que tematizaron las tensiones del arte contemporáneo entre PENSAR, HACER Y EXPONER y la OBRA DE ARTE DESMATERIALIZADA Y LA COLECCIÓN.

El hacer y los procesos creadores abandonan el espacio ritual de la inspiración y la iluminación y se abren a proyecciones conceptuales que interpretan con inteligente cinismo, las fisuras donde lo visual y su reino cultural y mass mediático se quiebran. Son interpretaciones auto-concientes de que son meras interpretaciones y su reinterpretación, deconstruye la lectura representativa, desplazando el valor del arte y la cultura con irónica mordacidad a no-lugares, a horizontes de la anti-imagen, incluso cuando usan súper imágenes mediáticas, a horizontes de un pensar racional.

La lógica dinámica que se establece entre periodos y tendencias dentro del arte y la cultura no es forzosamente la de la dialéctica hegeliana donde la creación de un nuevo horizonte pasa por la superación del pasado, tampoco es la lógica estática que inmoviliza, que crea el conflicto al asignar a las partes características diametralmente opuestas. Con esta camisa de fuerza se ha querido simplificar la relación entre lo moderno y lo que aparece después o ya está aquí y no hemos querido ver. Los famosos pares dicotómicos de Ihab Hassan (proyecto-caso, presencia-ausencia, tipo-mutante, semántica-retórica, metafísica-ironía) y de David Harvey (capital monopólico-creatividad, consumo colectivo-capital simbólico, industrialización-desindustrialización). Estas tablas dicotómicas nos devuelven inevitablemente a la dinámica de las vanguardias históricas, en la cual cada una subsiste por su oposición o su dependencia del otro, su ser fatalmente parásito o sucedáneo, enemigo o amigo, por o en contra, precisamente ésta dinámica cambia al dejarse de lado el pathos de lo nuevo, de la originalidad y la genialidad, al sustituir la sospecha por el pasado y por el otro con su anamnesis, su examen desencantado y desprejuiciado, su versión crítica y desmitificada.

En cambio para el arte contemporáneo la obra de arte deja de ser maestra y trascendente, deja incluso de ser obra y se desmaterializa al punto que a veces no es producida como "opus" por el

EDITORIAL

artista, es decir, no tiene el valor de la maestría y originalidad y sobre todo, ya no expresa la subjetividad del artista genio. Pierde su “aura”. Ya a veces, no es siquiera obra. *Es Concepto sin concepto que piensa el pensar del arte*. El hacer del arte es uno con el pensar y es a veces, fundamentalmente pensar.

La obra de arte más bien indica campos de pensar y de interpretación más allá de la imagen y la metáfora hacia lugares sin representaciones. La obra se convierte en un campo (en un pensar) de exploración “in situ” o en lenguajes corporales o en acciones o en realidades virtuales, sin que ella misma sea un fin (un “telos”). La obra deconstruye, disemina y multiplica sentidos descubriendo e insinuando realidades mas allá de la representación, pero no para hacerlas patentes sino para mantenerlos en ese claro-oscuro donde ser y no ser, verdad y no-verdad, realidad y no-realidad se fundan y funden otorgando presencia sólo a los límites y las fronteras (Borderline).

La materia pervive a la desmaterialización, pero siempre la sobrepasa. No existen las instalaciones que ya no están, ni las acciones, ni los videos, ni las inscripciones corporales, ni las combinaciones virtuales de imágenes multimedia, incluso cuando los registros hablan de ellas. Los videos y las fotografías ya no son ellas pero siempre son parte relevante de ellas.

El sabio cinismo del arte contemporáneo, sin embargo, no huye de los circuitos de los museos, del éxito público, los busca con una inteligencia asesina e indiferente, incluso cuando las desprecia. La ideología romántica contra la materia ya no existe y, sin embargo, el arte contemporáneo huye y desprecia la materia, y su espectador radicaliza la condición inmaterial incoleccionable e intercambiable de la obra como valor de mercado. Y mientras más lo hace, más se imagina las posibilidades de su valor de cambio. Hoy todos los museos están en la rebatiña por obras de la tradición postvanguardista.

Mauricio Navia y Pedro Alzuru

EDITORIAL